

EL PSICOANÁLISIS Y SU TRANSMISIÓN.

Claudio Mangifesta.

Para Sigmund Freud, la formación para aquellos que deseen advenir psicoanalistas y ejercer su práctica, se asienta sobre tres pilares conocidos: El análisis personal –vector irremplazable-, el análisis de control, el estudio teórico de diferentes disciplinas, las que van mucho más allá de la formación estricta en materias de la medicina. Jacques Lacan, por su parte, ampliará aún más el listado de las materias necesarias que abarcarían la enseñanza analítica, incluyendo la retórica, la dialéctica, la gramática y la poética. En cuanto a los modos de transmisión, Lacan exhortaba a los analistas a que expongan la propia experiencia ante sus colegas. Freud incitaba a sus colegas a la escritura de los casos clínicos y creía un deber del analista, “la comunicación pública de lo que uno cree saber acerca de la causación y la ensambladura” de los casos. (Caso Dora).

En la ciencia, la labor de enseñanza implica la comunicación –en su pretensión de transparencia- desde el maestro a sus alumnos, de ciertos principios o conjunto de ideas o contenidos relativamente invariantes y que, además, puedan ser reproducidos conforme a sus métodos de experimentación, los que pretenden a su vez, la exclusión del sujeto. Así, el que enseña, “in signia”, puede portar las banderas que representan a alguien o a alguna colectividad o cofradía. Se trata de hacer que alguien aprenda cierta cosa acerca de algo, de transmitir un determinado saber.

Ahora bien: ¿cómo concebir la transmisión del psicoanálisis cuando precisamente la cuestión del sujeto está ubicada en el centro del problema? ¿cómo hacer para que no sea obturado su interrogante? ¿qué es lo transmisible de la experiencia analítica siendo ésta una experiencia tan singular?, por último, ¿Cuáles son los lugares en que la transmisión puede alojarse?

Lacan, en su conferencia llamada: “Lugar, origen y fin de mi enseñanza”, nos dice:

“El fin de mi enseñanza, pues bien, sería hacer psicoanalistas a la altura de esta función que se llama sujeto, porque se verifica que solo a partir de este punto de vista se comprende de qué se trata en el psicoanálisis”.

Por lo tanto ninguna pretensión de cientificismo, ni acumulación de saberes cristalizados. Se trata del sujeto, definido en sentido estricto como efecto del significante, sujeto dividido que depende de cierto número de articulaciones de la cadena significante. Sujeto no en la medida en que hace el discurso, sino en tanto que está hecho por el discurso, atrapado y atravesado incluso por él.

En nuestro campo, la posición del enseñante no se confunde con la posición del analista. Si el primero, en su posición, se aproxima a la lógica de la argumentación; la posición del segundo se hallará en cambio, más próxima a la función del enigma y del equívoco. Toda esa distancia que se juega entre

encontrar alguna argumentación posible y la deriva asociativa en términos del proceso primario.

En campo analítico, la transmisión se diferencia también de la enseñanza.

Trans: más allá. Travesía. Traspasar: hacer pasar a otro alguna cosa. Atravesamiento, ruptura, superación.

Se trata de rescatar e interpelar la enunciación de cada sujeto que se aproxima al psicoanálisis. En particular de aquellos que desean pasar del lugar de analizantes al de analista. Enunciación: el lugar de un decir antes que, lugar de lo dicho. Letra a la espera de ser leída. Pues no existe recubrimiento pleno entre enunciado y enunciación. La enunciación no puede ser dicha toda por el enunciado: en esta discontinuidad estructural opera la división subjetiva. Cuando alguien habla y quiere comunicar algo, la mínima experiencia muestra que lo que el otro está diciendo no coincide nunca con lo que dice.

No se tratará de transmitir un saber, sino de articular un lenguaje. No hablar acerca de (la verdad), sino articular en acto un lenguaje (dónde ella, la verdad, hable).

Verdad no como *adaequatio rei et intellectus*, como adecuación entre el pensamiento y la cosa, sino tomada en su estructura de ficción.

Sostener entonces un discurso, una prosopopeya –decía el texto de presentación-, es una transmisión no universitaria –pues implica el análisis-, una transmisión alrededor de la falta en el saber. Una transmisión no apresada bajo los efectos obscenos institucionales o grupales, o bajo los efectos ilusorios de prestancia y poder.

La clínica psicoanalítica está sostenida por el deseo del analista. Ese deseo que se construye en el análisis del analista y que es más fuerte que el deseo de ser amado o, que el deseo de hacer el bien o, que el deseo de curar. Tampoco es el deseo de que el analizante se identifique con su analista sino más bien el “de obtener una diferencia absoluta”. El analista debe asegurarse de que su deseo siga siendo una *x* para el analizante.

La clínica psicoanalítica se define entonces por los modos de intervención del analista y se demuestra en el acto mismo del análisis. Es una clínica que se demuestra en su práctica misma. La interpretación es así la manifestación del deseo del analista. La formación del analista es ese trabajo o transformación del sujeto para pasar a ocupar el lugar interpretante de la verdad. El analista sostiene su posición no tanto de un saber técnico que aprende sino de un saber hacer allí con lo real, lo que implica una posición de su ser, una posición del sujeto. Las técnicas se subordinan a esa posición del sujeto que implica el fin del análisis y que no conlleva ninguna identificación al propio analista.

Pues “no hay psicoanalizado, hay un “habiendo sido analizante”, de donde no resulta más que un sujeto advertido...” (Seminario XV, 20/3/68).

Más allá de la verdad, el psicoanálisis se orienta a lo real, a lo que escapa y no cesa de no escribirse.

¿Cómo dar cuenta de aquello que se escapa o escabulle, de aquello que no logra escribirse de todo intento de transmisión?

Se trata entonces para el psicoanálisis, de la lectura y de la escritura. En intensidad y en extensión:

De lectura: en tanto se indaga cómo se articulan enunciado y enunciación.

De lo que se lee, “más allá de lo que se ha incitado al sujeto a decir”.

Lectura, que se detecta retroactivamente cuando a partir de lo leído se escribe otro texto.

Lectura, que a veces se sustenta en el odio, ya que por éste es posible desuonar el saber del Otro, no siendo entonces una lectura hipnótica.

De lo que se escribe: de lo que se escribe **en** la práctica analítica (vía equívoco, vía poema); de lo que se escribe **de** la práctica analítica (vía argumentación, vía matema), en tanto la letra, como soporte escriturario, permite cierta posibilidad de localización, de identidad de sí a sí.

Lo que se escribe en la práctica analítica, donde no hay un texto escrito previo sino que es la interpretación la que construye el texto y lo escribe (El análisis constituye un escrito que se inscribe en el inconsciente, es el efecto de un análisis y, ya dijimos antes, que los modos de intervención de un analista orientan y definen la clínica).

Lo que se escribe de la práctica analítica: la “construcción” del caso, el “historial” clínico, el escrito de “conceptualización” teórico, el “relato” de casos, la narración de alguna “viñeta”, etc., nos lleva a preguntarnos: ¿qué es un escrito psicoanalítico? ¿Cuáles son las formas específicas (sus géneros) que adquieren las prácticas de escrituras de un análisis?

Recordemos que los historiales clínicos de Freud eran leídos por algunos como verdaderas “novelas”, y que el propio maestro vienés recibió un premio... literario!. Otros, por algunas de sus características, aproximan los escritos analíticos a los modos del “ensayo”: el modo fragmentario de escritura, la valoración y preocupación por los detalles, la argumentación a veces polémica, la intrusión de la subjetividad en el texto, etc.

¿Se acercan aquí en extremo la posición del analista y la posición del escritor?

Explorar la lengua, trabajar con los límites del lenguaje, explorar sus pliegues y virtualidades. Articular en acto un lenguaje también a través de la función de la escritura:

En “Lituraterre”, leemos: *“el sujeto está dividido como por doquier por el lenguaje, pero uno de sus registros puede satisfacerse con la referencia a la escritura y el otro con la de la palabra”*.

La actividad de nuestra Escuela, se sostiene también de la producción de escritos por parte de quienes buscan allí formación; algunos de esos textos pueden luego ser publicados o no, pero comienzan a pensarse como necesarios.

En tanto lugar de una transmisión posible, ¿pueden estos escritos funcionar al modo de una interpretación en tanto apuntan a la emergencia de alguna nueva verdad? ¿balizan de algún modo ese paso del analizante al analista?.

La forma de escribir es también solidaria del modo de pensar y leer la clínica, siendo los efectos de escritura también uno por uno y portadores de un posible estilo frente al abordaje de lo real. Conocemos la cita que Lacan toma de Buffon al comienzo de sus escritos: “*El estilo es el hombre mismo...*” para agregar un poco más adelante que “*es el objeto el que responde a la pregunta sobre el estilo*”. “El estilo es el objeto” (Juventud de Gide), resto que como efecto de escritura no sólo es uno por uno, sino también... cada vez.

* Ponencia presentada en la Jornada “Quilmes y sus Psicoanalistas”, agosto de 2013.